

doctor; cuando los tres amigos se pararon en el dintel de la puerta, desapareció la cabeza y cayó la cortina.

VI

Idilio

El pulso febril de la gran ciudad no es perceptible en todas las partes de la villa: hay sitios excluidos de la circulación general y á los que no alcanza la corriente rápida de su poderoso organismo; allí se encuentran moradas tranquilas, separadas del rumor de la calle nada más que por las paredes, y que parecen estar á varias leguas de toda la existencia ruidosa y agitada que reina del otro lado; sus apacibles habitantes, mirando desde sus balcones aquel ir y venir jadeante, no se impresionan por eso ni más ni menos que por los cuadros colgados en las paredes de sus habitaciones, y que representan acaso, ellos también, escenas tumultuosas, una tempestad, una batalla ó una erupción del Vesubio.

La morada de la familia Mærker formaba como una pequeña isla de este género; estaba situada en la calle Lutzow, á unos cuantos pasos de la plaza de Magdeburgo, en el primer piso de una hermosa casa con una gran puerta abovedada; tres generaciones de mujeres, abuela, madre é hija, vivían allí sin un solo hombre, en compañía de una vieja

cocinera, viuda, y de su hija, ascendida á la dignidad de doncella, llevando una existencia resignada y uniforme, como la de los siete durmientes en el castillo encantado de que habla la leyenda. El jefe de familia era la señora Brohl, la abuela, una señora de cerca ya de los setenta años, viuda desde hacía veinte; era pequeña, delgada, muy cargada de espaldas, con cabellos blancos y trenzas á la moda antigua, una cara pálida y enfermiza y unos ojos negros que respiraban bondad; se movía lentamente y con trabajo, hablaba en voz baja con aliento corto, y miraba á las gentes con aire de fatiga y de sufrimiento; al verla se la podía creer minada por algún mal ignorado y pensar que la vacilante lamparilla de su vida se apagaría al primer soplo un poco rudo; en realidad nunca estaba enferma, siempre había tenido aquel aire delicado y débil, sin que la edad le modificara en bien ni en mal, y entonces, como en todo tiempo, era la primera que se levantaba en la casa y la última que se acostaba; tenía un soberbio apetito, y en sus paseos, bastante raros, es cierto, era la más infatigable. Su difunto marido, el Sr. F. A. Brohl, de la casa A. Brohl, Hijo y Compañía, era uno de los más importantes armadores de Stettin; había vivido veinticinco años de tranquila felicidad al lado de aquel comerciante rico y estimado, y no podía pensar en aquel período de su vida sin que las lágrimas asomasen á sus ojos. Había sido un hermoso tiempo, casi demasiado hermoso para un sér mortal; tenía su casa propia con altas y espaciosas habitaciones; recibía diariamente á las señoras más ricas de la ciudad, en cuyo número figuraba también ella; ni una sola ceremonia de toma de dichos, de bodas, de bautizos, se verificaba en una familia distinguida sin que la invitaran; los

chiquillos todos en la calle la conocían y la saludaban, y las comidas de su casa hospitalaria tenían fama hasta en Rusia y en Grecia.

No había tenido más que una hija, que llegó á ser muy hermosa, modesta y fuerte, gracias á la educación de un padre metódico y de una madre cuidadosa; el horizonte de su hija se extendía desde el comedor al armario de ropa blanca, desde las planchas al libro de cánticos; sentía por su padre una veneración que le habían además inculcado por todas las gentes ricas, y su madre le inspiraba un afecto y un respeto sin límites; la consideraba casi como un sér superior, y había momentos en que la seguridad con la cual su madre dominaba los secretos más sutiles de la cocina, del mercado y de la lencería, le inspiraba una especie de temor; desesperaba de poder llegar nunca, como ella, á conocer exactamente el precio del pescado según las épocas del año, la cantidad de agua de legía y de añil necesaria para lavar las ropas de muselina, el tiempo necesario para que cueza un *pudding*, la cantidad precisa de azúcar para las compotas: su madre hacía vacilar aún más su confianza en sus talentos de mujer conocedora de los asuntos domésticos, manteniéndola con aire mitad compasivo, mitad desdeñoso, apartada de las operaciones principales, que juzgaba demasiado complicadas para su inteligencia. Cuando la señorita Brohl estuvo en edad de tomar estado, sus padres la casaron con un señor Mærker. No era precisamente un matrimonio de amor; pero esto era un detalle de que no se ocupaban gran cosa en la casa A. Brohl, Hijo y Compañía. El señor Mærker era hijo de un negociante en café, que tenía mucha importancia; un gran armador no descendía, pues, en rango, al contraer alianza con un Mærker; el joven Mærker

no era ni guapo ni de buena presencia; de corta estatura, por el contrario, delgado, con las piernas hacia dentro, el color enfermizo de un hombre que padece del hígado, y, á más de esto, una calvicie precoz que no contribuía á embellecerle; pero ¿qué importaba? los padres formales y serios no enseñan á sus hijas á tomar como ideal para esposo á un joven Adonis, con bigote y cabellos rizados, con la capa terciada pintorescamente sobre los hombros y con espuelas resonantes; eso se queda para las modistillas; lo principal es que un hombre tenga mucho dinero y sepa hacerle fructificar.

Pero bajo este respecto, el Sr. F. A. Brohl se había equivocado de medio á medio, y pronto tuvo la prueba; el viejo Mørker perdió, durante la guerra de Crimea, toda su fortuna á consecuencia de una especulación infortunada; Brohl le salvó de la quiebra y el viejo negociante murió poco después de pena, no dejando á su hijo más que deudas; el joven Mørker no mostraba ninguna disposición para la importación de los cafés, en la que, sin embargo, pueden hacerse tan grandes cosas; sino que, por el contrario, manifestaba una predilección inquietante por la alta banca y los negocios de Bolsa. Abrió una casa de cambio, se puso en relaciones con las Bolsas de Berlín, de Francfort y de Amsterdam, y vió disiparse en humo, al cabo de muy poco tiempo, el último ochavo de la dote de su mujer; su suegro vino eficazmente en su ayuda; reconstituyó la dote, pero exigió que en lo futuro Mørker le pidiera consejo. Mørker, muy humillado por aquella situación, y queriendo sustraerse á la tiranía de Brohl, no volvió á ocuparse en nada; durante el día se paseaba, con las manos en los bolsillos, alrededor de la Bolsa; por la noche iba al «Sastre Alegre», agarrando á las gentes por la so-

lapa y hablándolas, sin dejarlo un momento, de la avaricia y de la testadurez de su estúpido suegro, que no entendía absolutamente nada de empresas arriesgadas. En esto llegó la hora de la muerte para el viejo Brohl, y Mørker experimentó un nuevo dolor, singularmente mortificante; el viejo no dejaba un cuarto á su hija; su viuda conservaba el usufructo ilimitado de la fortuna, que era considerable; al adoptar esta medida había querido impedir que su yerno pudiera disponer de nuevos capitales: cuando leyó el testamento, Mørker apretó los puños, exhalando toda clase de injurias; recorrió las calles de Stettin gritando por todas partes que le habían robado como en un bosque; que el viejo avaro de su suegro le había dejado en cueros vivos; que si había infierno, seguramente debía haber ido allí de cabeza á causa de aquella última fechoría. Día y noche hablaba á su mujer y á su suegra de la mala acción del padre Brohl, diciendo que ellas tenían el deber de repararla; á pesar de su apatía, la señora Mørker no pudo resistir estas quejas y estos tormentos continuos, y la misma señora Brohl, sitiada así por su yerno y por su hija, tuvo la flaqueza de sucumbir; un día le entregó una suma de bastante importancia para ser empleada en un negocio que Mørker presentaba como brillantísimo é infalible, y aun después de muchas súplicas se decidió la señora Brohl á hacer el enorme sacrificio de ir á instalarse en Berlín, donde decía él que encontraría un campo de actividad infinitamente más favorable; abandonaron, pues, la hermosa casa de la calle Frauen por un domicilio relativamente estrecho en la capital.

¡Que desolación cuando llegó el momento de abandonar Stettin! Aquello era una muda desesperación mientras envolvían los mil objetos de la

casa, amontonados durante un largo cuarto de siglo, sin cuidado por su fragilidad, en la certeza de que jamás cambiarían de domicilio. ¡Qué dolor al dejar allí la provisión de leña, de carbón, de patatas, que Mørker no quería tomarse la molestia de llevar consigo! ¡y la despedida á las gentes ricas, en cuyas fiestas de familia no volverían ya á encontrarse; á la iglesia de Santiago, donde ya no venían los domingos, al lado del viejo altar, á sus vecinas habituales para deslumbrarlas los pesados trajes de seda y las alhajas de familia! Hubo muchos suspiros y lágrimas; después, al fin, este cáliz fué también apurado, y Mørker comenzó su nueva existencia en la calle Lutzow entre su mujer, su suegra y la pequeña Malvina, su hija. Al principio no fué del todo mal á la señora Brohl, si bien durante mucho tiempo todavía las lágrimas asomaban á sus ojos al examinar sus habitaciones, tan atestadas, que se las hubiera tomado por almacenes de muebles; hubiera, en efecto, aquella señora preferido perder una mano antes que sacrificar un sofá de tapicería ó una mesa incrustada. Mørker estaba de un humor alegre que jamás le habían conocido: hablaba sin cesar á las dos mujeres de la importancia actual y de la grandeza futura de su casa de comercio, y ellas comenzaban á sentir cierto respeto hacia él; había alquilado una agencia en la calle Burg, cerca de la Bolsa, donde empleaba á unos cuantos jóvenes. Todos los días, de vuelta en su casa, hablaba de sus operaciones grandiosas; pero llegó un día en que sus comunicaciones cesaron; su tez tornóse más amarilla que antes; sus ojos rehúían las miradas interrogativas de su suegra, y por fin, después de una semana de vacilación, tuvo que confesar que otra vez lo había perdido todo; pero se apresuró á decir, sin embargo, que aun es-

taba á tiempo de salvarlo todo si la mamá quería ponerle una vez más á flote: que en todas las cosas hay que pagar el aprendizaje; que no conocía suficientemente la plaza bolsista, pero que en lo sucesivo estaría sobre aviso y se contentaría con beneficios moderados. La señora Brohl se decidió á un nuevo sacrificio; pero al cabo de seis meses Mørker había otra vez dado pruebas de su ineptitud para los negocios; no tuvo el valor de volver en seguida á la carga con nuevos planes, pero anduvo dando vueltas por la casa durante algún tiempo, arrimado á la pared como una sombra; en la mesa exhalaba suspiros que partían el alma, no habla con las mujeres y entablaba á veces, como inconscientemente, monólogos en que se le oía decir: «Esto no es vivir: cuando son las mujeres las que tallan, la estupidez es triunfo: la mujer á la cocina, el hombre á los negocios, etc., etc.» Finalmente, lo que la señora Brohl preveía con terror se produjo otra vez más; Mørker llegó un día con un proyecto magnífico, cuyo principio de ejecución necesitaba un desembolso de 50.000 thalers. Era una idea que nadie había tenido todavía y que no podía fracasar; debía producir forzosamente cientos de miles, con los cuales se cubrían de un golpe las pérdidas anteriores; mostró largas columnas de cifras, leyó recomendaciones escritas, etc., etc.; siguiendo sin cesar los pasos de la señora Brohl, desde el salón hasta la cocina, desde la cocina al cuarto de Berlín (1), de aquí al salón, hasta que ya, desesperada, se encerraba en su alcoba, lo que no impedía al otro dirigirle discursos á través de la puerta; sin embargo, todo esto no le sirvió para

(1) Saloncito donde permanecen de ordinario los dueños de la casa.—*N. del T.*

nada: la señora Brohl permaneció inquebrantable. Entonces Mørker recurrió á un nuevo método: se volvió trágico, amenazó con tirarse por el balcón, ahogarse, irse muy lejos y no dar nunca señales de vida: dejó sobre la mesa del despacho cartas comenzadas, en que anunciaba su muerte á sus amigos, echando la culpa á su suegra y á su mujer, etcétera. En suma, la pobre señora Brohl, cuya vida era un infierno, abrió una vez más, suspirando, su caja, y dió á Mørker la suma que pedía; aquella vez la cosa marchó más de prisa que antes; al cabo de algunas semanas todo lo había perdido; esta catástrofe impresionó de tal modo al propio Mørker, que no se atrevió á volver á su casa durante varios días; acabó por volver con las orejas gachas como un perrillo calado, y pidió perdón como un chiquillo travieso. «Está bien, está bien, dijo la señora Brohl; espero que no volverá usted á las andadas». Esta esperanza no debía realizarse; el genio comercial se había apoderado de Mørker demasiado para que le fuese dable renunciar á sus proyectos; permaneció quieto durante un año, y después tuvo el aplomo de pedir dinero á su suegra; pero tropezó contra una roca. «¿Ni un cuarto!» dijo la señora Brohl. Mørker lloró sin lograr ablandarla; habló de suicidarse, y ella le aconsejó que era preferible que se ahorcase, porque no sabía manejar las armas de fuego. Le había devorado la mitad de su gran fortuna, y estaba resuelta á defender como una leona la otra mitad; había visto alzarse ante ella el espectro de la pobreza, y la idea de que las gentes ricas la despreciarían como á una persona arruinada, renegada por su casta y deshonrada, le dió á ella, mujer débil y condescendiente, una tenacidad heroica, gracias á la cual resistió victoriosamente á su yerno.

Desde aquel día ya no hubo más tempestades; la paz reinó en la casa de la calle Lutzow, una paz huraña y desabrida, es verdad. Mørker perdió la costumbre del habla, cosa que le fué fácil, pues que las dos mujeres no le dirigían una sola palabra; todas las semanas le daban una cierta suma para sus gastos particulares; la señora Brohl pagaba al sastre y al zapatero, y por lo demás, se le trataba como si no existiera; su única ocupación consistía en llevar y traer á la pequeña Malvina al colegio; en el trayecto no cesaba de recriminar contra la madre y la abuela de la niña, llamando á la primera «ella» y á la segunda «la vieja», sin que ninguna otra designación saliera de sus labios. Malvina había advertido que en casa nunca se le hablaba á su padre; y como hacen los niños, imitaba aquel silencio despreciativo; andaba á su lado preocupada con sus propios pensamientos; mientras que él monologaba rabiosamente; los únicos buenos ratos de su vida eran las visitas que hacía á sus antiguos amigos; desahogaba con ellos su corazón, que rebosaba amarguras; se quejaba durante horas enteras de sus tiranos domésticos, que le oprimían y le maltrataban después de haberle arruinado; era la víctima de dos mujeres estúpidas; pero ya les mostraría algún día de lo que él era capaz; «ella» y la «vieja» eran demasiado limitadas para comprenderle; pero esperaba con fe no morir sin haberlas visto á sus pies; de este modo hervía en él un furor silencioso, que su endebulcha persona acabó por no poder soportar; su semblante amarilleaba más cada día, su delgadez iba en aumento, su apetito disminuía; evidentemente una enfermedad traidora le minaba; pero no decía nada acerca de su estado, saboreando una satisfacción egoísta al pensar que «ella» y «la vieja» le encontrarían un

día tendido sin vida, y que esa sería su venganza. Eso fué, en efecto, lo que sucedió: una mañana se sintió demasiado débil para levantarse de la cama; únicamente á la hora de comer la señora Mørker y su madre notaron su falta en la mesa y le buscaron; como no se ocupaban de él, no habían advertido su empeoramiento gradual; se quedaron sumamente atónitas y asustadas al verle tan desmejorado y tan débil. Llamaron con mucha prisa al médico, y la señora Brohl hizo una infusión de flor de saúco y abrió un pote de conservas de dulce. La señora Mørker pasó la noche en vela á la cabecera del enfermo; todo fué inútil: murió al cabo de unos días; su última señal de vida fué una mirada cargada de odio que dirigió á su suegra y un ademán que hizo para rechazar á su mujer.

Nada cambió en la casa; hubo sencillamente un sitio vacío en la mesa y un cuarto disponible, que atestaron con los muebles que sobraban en el salón y en el cuarto de Berlín; además de la fabricación de compotas de dulce, la señora Brohl tenía otra pasión, que había sabido inculcar á su hija y á su nieta: los trabajos manuales de aguja; de un cabo al otro del año las tres señoras permanecían sentadas al lado de la ventana del salón, inclinadas sobre bastidores de bordado ó cojinillos de encajes, como si se hubiera tratado para ellas de ganarse la vida; poseían como dueñas absolutas el dominio entero de los trabajos femeninos, y todavía lo ampliaban con nuevas invenciones; no hacían sólo bordados, crochet, encajes; también trenzaban, ataban, pegaban y ajustaban; la señora Brohl no tenía rival para idear nuevas aplicaciones en este terreno; hacía ya tiempo, naturalmente, que habían dado de mano á los bordados comunes de letras,

zapatillas, cestillos de papel, mantas de cama ó tapetes de mesa, tarjeteros, respaldos de sillas y de butacas, etc., etc.; eso era la infancia del arte. No confeccionaban sino cuadros de tapicería, volantes variados para los pies del piano, guirnaldas de encajes para la estufa, abrazaderas de oro para las cortinas de los balcones, cortinillas adornadas con lemas para la jaula de los canarios, tapas de seda para los libros, y otras cosas por el estilo, que dejaban estupefacto á cualquiera. Al entrar en las habitaciones se sentía uno penetrado de un asombro que se trocaba pronto en turbación y luego en inquietud; en cualquier sitio que se posase la mirada, un trabajo de aguja solicitaba irresistiblemente la atención; veíase una colección de retratos de familia encerrados en marcos de felpa y de encajes de oro, que tenían un aspecto singularmente tieso y desabrido; mirándolos de más cerca se notaba que no eran pinturas, sino trabajos de tapicería; había un melón de tamaño natural, con la cáscara de seda amarilla, verde y parda, el tallo bordado en lana sobre un trozo de madera; el conjunto majestuoso y horrorosamente feo en su gusto demasiado rebuscado. A cualquiera parte que fuera y se parase el visitante, donde se sentara ó apoyase la mano, extendía sus flores un gigantesco ramillete de lana, ó bien le contemplaba un guerrero de cejijunto aspecto, bordado en puntos cruzados, ó se balanceaban unos tapices representando pomposos personajes, con inscripciones de un sentido profundo. Todo aquello era rico, laborioso y de una falta de gusto que tiraba de espaldas; todo aquello flotaba y revoloteaba ante los ojos intimidados; y si para sustraeros al sortilegio mirabais por los balcones de triples cortinajes, veíais con espanto á unos ángeles dorados, entre cortados en

unas telas *rococo* y sujetos con hilos de seda amarilla á las cortinas transparentes.

Este inmenso museo de inutilidades constituía el fondo de la existencia de las señoras Brohl y Mørker; Malvina, educada en aquel medio, se transformó en la linda joven de aire insignificante con quien hemos trabado conocimiento en casa de los Ellrich; su madre no era para ella sino una especie de hermana mayor; la verdadera autoridad de la casa, á quien todo el mundo obedecía, era la abuela; la señora Mørker se mostraba aún dócil con respecto á ella como en los tiempos en que llevaba traje corto; además hablaba poco, no abría la boca más que para comer ó para repetir una frase de mamá, como lo hubiera hecho un loro; la vida intelectual de la señora Brohl era igualmente de lo más limitado; no podía habituarse á Berlín; nadie la saludaba en las calles y no conocía á ningún alma viva; la idea de que la codeasen gentes que la eran totalmente desconocidas la atormentaba de tal manera, que prefería no salir á la calle; con frecuencia desde la muerte de Mørker había pensado en volverse á Stettin; pero al considerar todos los trastornos que les ocasionaría la mudanza, la abandonaba todo su valor; mientras tanto continuaba viviendo con el alma y el corazón en Stettin; su única lectura era un periódico de esta localidad; mantenía con algunos antiguos amigos una correspondencia asidua, gracias á la cual estaba siempre al corriente de las bodas, noviazgos, bautizos y defunciones de la sociedad rica de la ciudad. Cuando algunos habitantes de Stettin, de buena familia, venían á Berlín, iban siempre á verla, y daba entonces una gran comida, en que se celebraban de nuevo sus antiguos triunfos como excelente cocinera. En cuanto sabía que un rico habitante de

Stettin había estado en Berlín y no había ido á verla, tomaba la cosa á pechos y sufría durante algunas semanas aquella afrenta; unas cuantas familias de Stettin, que andando el tiempo habían emigrado á Berlín, componían su sociedad, cuyo círculo se ensanchó algo á consecuencia de conocimientos trabados en casa de los amigos y también de otros reclutados entre las compañeras de colegio de Malvina; y así fué como en la casa de unos de Stettin habían conocido á los Ellrich. Dos veces, durante el invierno, la señora Brohl daba, desde que Malvina era ya pollita, una velada y baile, aunque la mudanza obligatoria del salón la ponía cada vez en un estado de sobreexcitación peligrosa.

Esta existencia y este círculo de relaciones no eran muy á propósito para desarrollar en Malvina el espíritu ni el carácter. Su madre en nada la estimulaba; su abuela la enseñaba sencillamente á respetar á las gentes ricas, á tener en alta estima las recetas de cocina y los trabajos de aguja más estrambóticos é inopinados. Era una buena muchacha, un poco basta, sin el menor asomo de caprichos ó de neurosis, como suelen padecer las jóvenes de las grandes ciudades; tenía dentro de su medio intelectual, un poco restringido, un buen sentido práctico; sus formas llenas y redondas, respirando salud y como si pareciese que pregonaban la excelencia de la cocina de su abuela, podían perfectamente ser del agrado de los hombres. La morada de la calle Lutzow se había abierto á Pablo Haber durante el invierno que precedió á la guerra; se había encontrado en seguida perfectamente á gusto en aquellas habitaciones atestadas de muebles y en aquella armonía ahogada de tres generaciones de mujeres. Las relaciones habían continua-